

ESCENA IV.

EL CONDE, ZELINA, EGIDIO.

Conde. ¡Hola! os estaba aguardando.
Vos sois mi amigo mas fiel;
Mientras que yo esté lidiando
De Burgos tendreis el mando:
Si muero, alzaos con él.

Egid. Don García, ¿y la condesa?

Conde. Egidio, es mi voluntad;
No quiero que en mi ciudad
Mande nunca una francesa.
Obedeced y callad.

ESCENA V.

EL CONDE, ZELINA.

Conde. Tú es fuerza que mi honra cuides,
Zelina; escúchame bien
Y mis palabras no olvides;
Esa venganza deten.
Si ese hombre viene á palacio
Esta noche, haz que le prendan,
Mas cuenta que no le ofendan
De mi ausencia en el espacio.
Toma ese anillo con sello
De mi casa; en ella ahora
Mandarás como señora:
Pero peligra tu cuello,
Si me vendes... oye pues.
Si muero en esta jornada,
Enviarás á esa menguada
A Francia con su francés.
Guárdalos presos sinó;
Que es tanto lo que la quiero
Que la perdono, si muero;
Sí: logre otro lo que yo
De ella jamás alcancé,
Y que me lo deba á mí:
¿Entendistes?

Zel. Sí, á mi fé.

Conde. Todo cederá ante tí
Con ese anillo ducal:
Ese tu cabeza escuda,
Y á tenerla de hoy te ayuda
En los hombros bien ó mal.

ESCENA VI.

ZELINA.

Está bien; si acaso muero
¡Váyanse á Francia los dos...!
Y quien pierda ¡vive Dios!
Seré yo sola... no quiero.
Si vense y vuelve, la gloria

Su venganza acallará,
Y de su amor volverá
A encenderse la memoria.
No han de salir de Castilla
Mientras no pueda él tornar,
Yo mi amor sabré vengar
Pretestando su mancilla.
No; entonces ¿qué adelantaba?
Tarde ó pronto esa muger
Volviera orgullosa á ser
La señora y yo la esclava.
Volviera sobre mi faz
Con ira á poner su mano,
Y con sarcasmo inhumano
Volviera á decirme audaz:
«Silencio, esclava. Naciste
De moros hija, y cautiva,
Piensa que solo estás viva
Porque en gracia me caiste.
Pues me placen tus cantares,
Cantar es tu obligacion;
Canta y di á tu corazon
Que encarcele sus pesares.»
¡Y sujeta á sus antojos
Volveria yo á cantar
Y en mi rabia á devorar
Las lágrimas de mis ojos!
No: lidiemos desde ahora
Cara á cara y por igual,
Y alcance el triunfo cabal
O la francesa ó la mora.
¡Hassan!

ESCENA VII.

ZELINA, HASSAN.

Zel. ¿Conoces el sello
Que el conde acostumbra á usar?
Hass. Sí, como el perro el collar
Con que le amarran el cuello.
Zel. ¿Harás pues cuanto disponga
Quien con él ciña su dedo?
Hass. ¿Y qué otra cosa hacer puedo?
Haré cuanto me proponga.
Zel. Mira.
Hass. ¡El anillo! Sultana,
A vuestro esclavo mandad. *(De rodillas.)*
Zel. Sírveme bien y mañana
Cobrarás la libertad.
Hass. Bella houri que el paraíso
En mis yerros me haces ver,
¿Quién te dió tanto poder?
Zel. Hassan, quien pudo y quien quiso.
Y aprende ó cuéntate muerto,
Si has de vivir junto á mí,
Que tan siervo eres aquí,
Hassan, como en el desierto.

Hass. ¡Perdon, sultana, perdon!

Zel. Levanta y escucha bien.
Este desde hoy es mi haren,
Guardarle tu obligacion.
La que hasta aquí fué señora
Desde este punto es la esclava,
Y el puesto que ella ocupaba
Le ocupa desde hoy la mora.
Ningun cristiano querria
Tomar tal cargo sin mengua,
Y á mas ninguno sabria
Poner un freno á su lengua.
¿Entiendes?

Hass. Sí.

Zel. La francesa
De su misma habitacion
En el último salon
Bajo esta llave está presa.
Tómala; y hazla salir.
(Hassan entra en la habitacion de la condesa.)

ESCENA VIII.

ZELINA, DESPUES ARGENTINA, HASSAN.

Zel. Ahora saber es preciso
Si al cabo sin otro aviso
El francés ha de venir.
Arg. ¿Aquí Zelina? *(Saliendo.)*
Zel. Aquí estoy.
Arg. Creia...
Zel. Que el conde fuera
Quien os llamase.
Arg. Eso era.
Zel. Pues no, condesa, yo soy.
Sentaos. Esclavo, sal.
Arg. ¿Qué hace en mi cuarto ese moro?
Zel. Llaves pone á su tesoro
A su gusto cada cual.
Arg. Nunca al conde poner vi
Su confianza en tal gente.
Zel. Condesa, no es al presente
El conde quien manda aquí.
Arg. No entiendo...
Zel. ¿No habeis oido
Los atambores tocar?
Pues tras ellos á lidiar
El conde al campo ha salido,
Y me deja en su lugar.
Arg. ¿A tí? *(Con desprecio.)*
Zel. A mí; mirad su anillo
Ante el cual todo se humilla;
Ya veis que soy en Castilla
Cautiva de horca y cuchillo.
Arg. ¿A tí el conde ese favor?
Zel. A mí, y en vuestra presencia.
¿No es verdad que la insolencia

No puede ya ser mayor?
¿No es cierto que necesita
Mucha destreza, señora,
Para subir una mora
Desde esclava á favorita?
¿No lo entendeis? La jugada
Es cosa á fé de sorpresa:
Pero muy pronto, condesa,
Olvidais mi bofetada.

Arg. Esclava, ¿olvidas quién soy?
¿Olvidas que ese descaro
Puede costarte muy caro?

Zel. Ayer pudiera, no hoy.
Arg. De mi boca una palabra
Puede costarte la vida.

Zel. Decidla, si sois servida;
Mas no haya miedo que se abra
Esa puerta á vuestra voz,
No; yo os tengo en mi poder,
Y del bofetón de ayer
El desquite será atroz.

Arg. ¡Cómo! ¿Osas tú, sierva vii,
Amenazarme?

Zel. ¿Quién sabe?
¿Conoceis bien esta llave?

Arg. ¡Cielos!
Zel. Si un mozo gentil, *(Con ironía.)*
Oculto en ese vergel,
Una noche os esperara,
Decid, ¿no os acomodara
Para abrir ese cancel?

Arg. ¡Ah! ¡tú tambien me haces cargos!
¿Quién te contó, desdichada,
Mi afrenta?

Zel. Una bofetada
Puede hacer de un topo un Argos.

Arg. ¿Con que tú misma...?
Zel. Yo, sí:

Cuando con la luz entré
Ver al que entró no logré,
Mas sus palabras oí.
Ademas, no se os esconde
Que siendo yo su cautiva,
Debo por mí, mientras viva,
Velar el honor del conde.

Arg. ¡Mucho miras por su honor!
Zel. Aun mas de lo que os parece.

Arg. Y mucho tu audacia crece.
Zel. Va á la par con mi favor,
Y á tan encumbrada altura
Intento con él llegar,
Que nadie me ha de alcanzar,
Si lo que pienso me dura.

Arg. Pues asegura tu puesto,
Porque te quiero advertir
Que tras de tanto subir
Será caer muy funesto.
Zel. Estoy ya bien prevenida,

Y no quedará en el orbe
Ni un escalon que me estorbe
La bajada ó la subida.
Mas no temais, recobraos;
Quiero yo ser, sí, por Dios,
Mas generosa que vos.

Arg. No te comprendo.

Zel. Acercaos.

Dijome el conde al partir :
« Si en esta jornada muero,
Con ella, Zelina, quiero
Que á Francia le dejes ir.
Guárdales presos sinó. »
Ahora bien : muerto ó triunfante,
De esta noche en adelante
Que no os vea quiero yo.
Os ama con ceguedad,
Y si os escucha os perdona,
Que todo el amor lo abona...
En quien ama con verdad.
En cuanto á él es otra cosa :
Si vuelve, le hará morir;
Y á fé que le hará sufrir
Muerte dura y afrentosa.
Escoged pues; si os quedais,
Todo lo recobrareis,
Mas no le satisfareis,
Si á ese galan no matais.

Arg. ¡Oh! no. Nunca.

Zel. Querrá el conde

Que á ello deis consentimiento;
Solo esa prueba responde
De vuestro arrepentimiento.

Arg. ¿Yo consentir en matarle?

No, Zelina.

Zel. En ese caso
Solamente resta un paso
Por donde poder salvarle.

Arg. ¿Que huya?

Zel. No, el conde volviera,

Y si á el francés no encontrara,
A ambas á dos nos matara,
Y á fé que justicia fuera.

Arg. ¡Justicia!

Zel. ¿Pues no mirais

Que en salvarle solo á él,
De vuestra conducta infiel
Satisfaccion no le dais?

Mientras viva ese galan,
Siempre ha de estar sospechando
Que vos le estais esperando
Con bien escondido afan.

Arg. ¡Entonces...!

Zel. ¿No lo entendeis?

¡Andais torpe. vive Dios!

¿Qué dificultad tenéis?

Idos á Francia los dos.

Yo os haré franco camino.

Arg. Mas no comprendo, Zelina...

Zel. Si se queda, le asesina.

Condesa, ese es su destino.

Arg. No, á sus piés me arrojaré.

Conde, ¿no es harta distancia

La que hay de Burgos á Francia?

Con lágrimas le diré.

Es cierto : le amé y me amó;

Vino creyéndome infiel;

Seamos felices sin él.

Zel. Condesa, ¿y lo seré yo?

Arg. ¡Tú! pues bien, solo testigo

Del crimen y del perdon,

Tendrás, sin contradiccion,

Favor con él y conmigo.

Zel. No me basta.

Arg. Libertad...

Zel. No me basta.

Arg. ¿Qué mas quieres?

Zel. Quiero que de dos mugeres

Quedemos en la mitad.

Arg. ¡Insensata!

Zel. O vos ó yo.

Habéis puesto en mí la mano

Porque el favor soberano

Al ponerla os escudó :

Por veros en tal altura

Pudisteisme á salvo dar;

Quiero pues vuestro lugar

Para enseñaros cordura.

¿Me habéis comprendido ya?

Pues bien, partid con ese hombre,

Mudad pátria, trage y nombre,

Y os perdonaré quizá.

Y ved si en ello medita

Lo que la cuesta, señora,

El ascender á una mora

Desde esclava á favorita.

Arg. ¡Oh! ¡me atosiga el coraje!

Zel. ¡Tal vez osais resistir!

Mas no me hagais otro ultraje,

Porque os llevaré á morir.

¿Cuándo vendrá ese galan?

(Argentina mira con inquietud por todas partes, fijando un momento la vista en el balcon, y dice Zelina comprendiéndolo :)

¡Hola! esta noche... pues bien,

Caballos haré que os den

Y huid, que no os seguirán;

Y huid hoy, porque mañana

Si esta clemencia me pesa,

Vuestra injuria de francesa

Vengaré como africana.

Arg. ¡Huir!

Zel. No hay otro camino;

Me ultrajásteis con encono,

Y pues la vida os perdono,

Benedicid vuestro destino.

Y no os queda otra esperanza,

U os inmolan con furor

Vuestro marido á su honor

Y la mora á su venganza.

¡Pero silencio! oigo ruido

Debajo de ese balcon.

¡Os habéis estremecido!

Me lo daba el corazon.

Entrad en vuestro aposento.

(Entra Argentina y la cierra.)

ESCENA IX.

ZELINA.

Y pues tengo unos instantes,

Asegurarme quiero antes

Del éxito del intento :

No sea que por torpeza

Equivocando el camino,

Venga á caer su destino

Despues sobre mi cabeza.

¿Hassan?

ESCENA X.

ZELINA, HASSAN.

Zel. Dos caballos pon

A la puerta del jardin,

Mas atiende con qué fin :

Por ellos con precaucion

Dos personas bajarán.

Si en el balcon ves lucir

Esta luz, déjalos ir;

Sino, mátalos, Hassan.

¿Entiendes?

Hass. Creo que sí :

Si hay luz, irles dejaré;

Si no hay luz, les mataré.

¿Y despues?

Zel. Vuélvete aquí.

ESCENA XI.

ZELINA, DESPUES LOTARIO.

Zel. Se irritará el conde acaso;

Mas le diré : huir quisieron,

Y por su empeño murieron

Al impedirles el paso

(Llaman á la huerta secreta, y abriendo

Zelina, entra Lotario embozado.)

Hablad con tiento y caminad despacio,

Señor francés.

Lot. ¿Qué es esto, y Argentina?

Zel. ¿No puede, dueña siendo de palacio,

Aguardaros en cámara vecina?

Lot. ¡Ah, está aquí!

(Va á entrar, Zelina le detiene.)

Zel. Ahí está. mas deteneos.

Lot. ¿Qué significa, esclava, esa arrogancia?

Zel. Que es preciso acordar con mis deseos

Vuestros deseos de volver á Francia.

Lot. ¿Contigo? No te entiendo : habla

mas claro.

Zel. Oid pues : de esta casa soy señora

En ausencia del conde; sin mi amparo

Nada podeis los dos... ¿me esplico ahora?

Lot. Loca sin duda estás, pero te ad-

vierto

Que el puñal de mi cinto, si me vendes,

Dará en tu corazon golpe mas cierto

Que el lazo de traicion que tú me tiendes.

Zel. Muy mal me conocéis; si os le ten-

diera,

Seria tan sutil y tan seguro,

Que ni el brazo mas firme le rompiera,

Ni yo temblara del puñal mas duro.

Lot. Tiembla del mio sin embargo, es-

clava;

Porque si tu conducta no te abona,

A la menor sospecha en tí se clava :

Delante ve que es mia tu persona.

De tu voz, de tu accion pende tu suerte,

Guia pues de Argentina al aposento

Sin mas efugios, ó te doy la muerte.

Zel. ¿Y lograreis con ella vuestro intento?

Lot. Pues bien, escucha; decision me

sobra :

Ya estoy aquí y atrás no he de volverme

Sin concluir mi comenzada obra,

Que nunca Roquefort del brazo inermem

Temió de una muger.

Zel. ¿Por vida mia!

¿Roquefort habéis dicho?

Lot. ¿Mas qué veo?

¿Mi cautiva eres tú!

Zel. Y á lo que creo

Lotario vos.

Lot. Sin duda.

Zel. ¡Oh. Dios me guia!

¡Vos sois quien en las playas solitarias

Donde logró arrojarnos la tormenta,

Sin escuchar ofertas ni plegarias,

Asisteis á la fuerza de nosotros

Cual cosa hallada y de señor esenta

Lanzada por la mar para vosotros!

Y apresásteis mi barco, y los tesoros

Robásteis á mi padre, y en cadenas

Poner hicisteis á mis siervos moros

Al tocar de la playa en las arenas.

Si, á Roquefort esclavos nos llevásteis.

Nos hicisteis dormir con vuestros perros,

Y cantar nuestro duelo nos mandásteis

Al áspero compás de nuestros hierros.
 Vos, torpe, mi cariño codiciando,
 La libertad con vos me propusisteis;
 Yo desprecié vuestro carino infando,
 Y vos para vengaros me vendisteis.
 Pero ved la justicia vengadora
 Del cielo que se cansa de sufriros:
 Señor de Roquefort, llegó mi hora:
 Podeis de vuestra Francia despediros
 Porque á los piés de vuestra esclava mora
 (Cierra el balcon.)

Vais á exhalar los últimos suspiros.
Lot. Tú eres, sí; te conozco en la fiera
 De tu indomable espíritu africano:
 Tú eres aquella indómita belleza
 Que el tormentoso mar puso en mi mano.
 Te amé, te desprecié, te vendí luego,
 Mas te desprecio, esclava, todavía,
 Y con tu vida y tu fortuna juego
 Porque burlo tu astucia con la mía.

Zel. ¿Aun me desafiais?
Lot. Si, el medio elige
 De tu venganza que mejor te cuadre;
 Mas piensa bien que tu furor dirige
 Una sentencia igual contra tu padre.
Zel. ¡Vive mi padre!
Lot. Sí.
Zel. ¿Cómo?
Lot. Cautivo

Como tú en Roquefort, y allí le espera
 De mi fin de las nuevas al recibo
 La misma suerte con que su amo muera.
 ¿Tiemblas? ¡por Dios! ¿Creiste que olvidaba
 Que vivias aun y que tus iras
 Me acosarian siempre? ¡Necia esclava,
 A medirme contigo en vano aspiras!
 ¿Lo oyes, esclava vil? ¡Esta es mi hora!
 Tú eres quien postrada has de pedirme.
 Y ve aquí la justicia vengadora
 Del cielo que se cansa de sufrirme.

Zel. Pero estais en mi mano en este punto,
 Y si á mi fé mi cólera atropella,
 A una voz de mi boca sois difunto:
 Zanjemos pues en paz nuestra querella.
 Va mi destino con el vuestro junto:
 Dadme á mi padre y partireis con ella;
 Y ved, señor francés, que de otra suerte
 Asida á vuestro cuello está la muerte.
 Y en el cambio no andeis con tal pereza;
 Escusadme ese gesto de ironía,
 Que jugamos cabeza por cabeza
 Y asegurada aqui tengo la mía.

Lot. Bien; consiento.
Zel. Firmadme un pergamino
 Que haga libre á mi padre; á vuestro antojo
 Término señalad á su destino;
 Y huid á Roquefort con vuestro arrojo.

Pero mirad que al concluir el plazo
 Que á su vuelta fijéis, si no parece,
 A Roquefort alcanzará mi brazo
 Y el muro colosal que le guarnece
 Dejaré ¡vive Dios! hecho un cedazo;
 Y el gigante peñon donde envejece
 Será, tras la explosion de mis furoros,
 Cementerio no mas de sus señores.

Lot. No tiemblo de tus iras mugeriles,
 Mas pláceme por Dios que así acabemos.
Zel. Trastornaron venganzas femeniles
 El mundo alguna vez y... nos veremos.
Lot. Basta, cautiva: volverá en seis meses
 Tu padre junto á ti. ¿Plácete?
Zel. Admito.

Mas crecidos poneis los intereses.
Lot. Si tengo de cumplir, los necesito.
Zel. Sea y partid. Pero si el tiempo avanza
 Y concluyen los seis y no ha venido,
 No os adurmais en necia confianza
 Allí en vuestros peñascos guarecidos:
 Que si el leon desprecia la pujanza
 Del águila tal vez, entra al descuido
 En su cueva la víbora traidora
 Y abate su arrogancia triunfadora.
 Y mirad que si olvidan sus promesas,
 Su amor ó venganza las francesas
 Por su cobarde condicion liviana,
 Yo francesa no soy, sino africana.

ESCENA XII.

LOS MISMOS, ARGENTINA.

(Abre Zelina á la condesa, que sale.)
Zel. Salid, condesa, y escapad sin miedo.
 En el jardín esperan dos caballos,
 Y yo detrás para ampararos quedo.
Arg. ¿Tú? ¡Traicion infernal!
Zel. No, no hay ninguna,
 No me esteis de vivir agradecida,
 Que, aunque sin honra, si salvais la vida,
 Quien os salva no soy, es la fortuna.
 Silencio, vive Dios, y huid.

Lot. Partamos:
 Ven sin temor, que su interés la inspira,
 ¡Y ay de tu padre, si vendidos vamos!
Zel. ¡Ay de ti, Roquefort, si el plazo espira!
 (Vanse Lotario y Argentina por la puerta secreta. Zelina abre el balcon, y poniendo en él la luz para que sirva de señal Hassan, aguarda.)

ESCENA XIII.

ZELINA, DESPUES HASSAN.

Zel. Cuidemos de que Hassan no se equivoque,

Y errando su leccion, en un momento
 De mi esperanza el pedestal derroque.
 (Escuchando.)
 (Mirando.) Salen... se ocultan ya... ya
 no los siento.

(Pausa.)
 ¡Qué incertidumbre, Dios mio!
 Mas ya del cancel resuena
 El cerrojo y la cadena
 Por el corredor sombrío.

(Abre.)
 Ya suben. ¿Quién va?
Hass. Yo.
Zel. Hassan,
 ¿Qué has hecho?
Hass. Libres los dos
 A escape, señora, van.
 ¿Hice bien?
Zel. ¡Sí, vive Dios!

ACTO TERCERO.

Interior de una torre del castillo de Roquefort, con vista del campo. En este interior hay dos puertas: una en el fondo y otra á la izquierda, y una ventana alta á la derecha.—Una lámpara colgada de la bóveda alumbrá la escena. El exterior representa parte de la muralla que cerca el castillo, en la cual habrá una puerta con su puente levadizo practicable. El foso sobre que cae este puente toma el agua de un torrente ó cascada que se despeña en lontananza por las montañas.

ESCENA PRIMERA.

ARGENTINA Y GENARO, DENTRO DE LA TORRE.

Arg. No, el infeliz no se calma:
 Esa vision espantosa
 No se aparta de sus ojos,
 Y oyendo está á todas horas
 Esa carcajada horrible.
Gen. ¡Ah! reportaos, señora:
 Solo el tiempo es el que puede
 Calmar su afan.

Arg. Te equivocas,
 Genaro; cuenta los días
 Con constancia escrupulosa,
 Y ese vano emplazamiento
 No sale de su memoria.
 ¡Ay de mí!
Gen. Ese hombre á la puerta
 Está aguardando, señora.
Arg. Mas, ¿quién le envía? ¿qué quiere?
Gen. De vuestro padre se nombra
 Mensagero.
Arg. ¡De mi padre! (Con dolor.)
 No quiero verle, me ahoga

El empacho y la vergüenza,
 Y hallar no sabré en mi boca
 Palabras con que ocultarle
 El pesar que me devora.
 ¡Mi padre! vendrá á culparme
 Mi condicion... y le sobran
 Las razones: ¡ay! á ellas
 ¿Qué he de replicarle ahora?
 No, no: que nunca penetre
 Esta amargura recóndita
 Con que la tenaz conciencia
 El corazon me destroza.
 Dile que parta, que nunca
 Vuelva á Roquefort.

Gen. ¡Señora!
Arg. No quiero verle, Genaro.
Gen. ¿Mas pensarán en Tolosa...?
Arg. Cuanto quieran imaginen,
 Que en dulce y encantadora
 Soledad paso la vida
 Enamorada y dichosa.
 Que ciega y desatentada
 Con esta pasion diabólica
 Que el corazon me esclaviza,
 Ni ver ni oír otra cosa
 Que mi amor quiero... Sí, júzguenme
 Como les plazca, en buen hora.
 Mas que no entiendan, Genaro,
 Que con este amor á solas
 De Roquefort encerrada
 En la vivienda mas lóbrega
 Maldigo la desventura
 De existencia tan odiosa.
 Que parta pues, y que parta
 Sin verme.

Gen. Ved que os importan
 Las nuevas que á daros viene,
 Pues de tan de cerca os tocan.
Arg. No quiero oírlas, que parta.
Gen. Es que, si veros no logra,
 Amenaza día y noche
 Con esperaros.
Arg. En cólera
 Cambiará ese hombre mi duelo
 Y hará que por todo rompa.
Gen. Al menos de vuestro padre
 Por la sagrada memoria
 Recibidle, porque nunca
 Imagine que injuriosa
 A'tenta hacerle quisisteis
 De ese enviado en la persona.
Arg. Conducele, pues, aqui,
 Y esa idea vergonzosa
 No pase nunca por él,
 Que al fin soy su sangre propia.

ESCENA II.

ARGENTINA.

Permite, indignado cielo,
Que sufra el dolor yo sola;
Pues mía es solo la culpa
Como es mía la deshonra.
Permite que á sus oídos
Llegue mi voz mentirosa,
Y crea el triste mi falsa
Felicidad ilusoria.
Permite, sí, que me juzgue
Ese buen padre, que llora
La afrenta que hago á su stirpe,
Cuanto culpable dichosa,
Y goce con ese engaño...

ESCENA III.

ARGENTINA, GINÉS, GENARO.

Gin. Dejados á ambos á solas.
Gen. Es imposible, buen hombre.
Arg. ¿Quién va?
Gin. Perdonad, señora:
¿Sois Argentina?
Arg. ¿Sois vos
Quien á mi padre me nombra
Para pedirme una audiencia?
Gen. Sí. Y no os estrañe la hora,
Ni os asombren para veros
Palabras tan perentorias.
Arg. Pues os recibo, ya veis
Que nada de vos me asombra.
Las gentes de mi castillo
A una seña mía prontas,
No os dieran tiempo á lograr
Cualquier intencion traidora.
Gin. Es que lo que he de deciros
Es fuerza que solo lo oigan
Nuestros oídos.
Arg. Buen hombre,
Revelos me dais ahora
De que vuestras intenciones
No son de lo que blasonan.
Gin. Serenaos, Argentina;
Ya sé que con recelosa
Prevision de este castillo
Se guardan las puertas todas.
Ya sé que nadie penetra
Bajo sus antiguas bóvedas
Sin un exámen prolijo,
Y sin que satisfactorias
Razones de sus intentos
Con ingenuidad esponga.
Ya sé que en este castillo
El miedo y el pesar moraa.

Arg. ¡Miserable!

Gin. Reportros,
Que habláis con una persona
Que os ha mecido en la cuna
En la corte de Tolosa,
De vuestra agitada vida
En la malhadada aurora.

Arg. ¿Quién sois pues? Vuestras palabras
En el corazon me tocan,
Y vuestra voz reconozco.
¿Quién sois?

Gin. Miradme, señora.

Arg. ¡Ginés!

Gin. Ginés, que há dos meses
Que vuestro castillo ronda
Para lograr este instante,
Con que los espías sobran.

(A una seña de Argentina sale Genaro.)

ESCENA IV.

ARGENTINA, GINÉS.

Gin. Inútil será que os diga
Lo que mi viaje ocasiona...
¡Ah! no me torneis el rostro;
Ya sé que tristes memorias
En vos mi presencia escita,
Mas perdonadme. En Tolosa
Queda un anciano que há un año
Que vuestra pérdida llora.
¡Pobre conde, vuestro padre!
¡El aliento le abandona,
Las pesadumbres le acaban!
Arg. ¡Ah, callad!
Gin. De Burgos loca
Huisteis... mas no toquemos
Tan lastimeras memorias:
Huisteis enamorada
Ansiando mas venturosa
Vida... y ciega por el hombre
Que pérfido os abandona.
Arg. ¿Qué es lo que dices, Ginés?
Gin. Fingis en vano, señora;
Yo os acecho hace dos meses
Bajo apariencia engañosa.
Ya como pobre mendigo,
Ya de campesino en forma,
Os seguí por todas partes
Con vista encuadradora,
Y os encontré en la alameda,
Y en la caza... sí, y en todas
Partes pálida, sombría,
Solitaria y melancólica
Os vi, cual juguete inútil
Que fastidia y se abandona.
Arg. ¿Qué estás diciendo, menguado?

Gin. Yo, que pasé tormentosa
Una existencia tambien,
Fuerza es que el mundo conozca.
La edad ha dado á mis ojos
Perspicacia portentosa,
Y á mi corazon prudencia
Y esperancia previsora.
Roquefort ama, Argentina,
Pero tal vez no á vos sola,
Y os asesinan los zelos...
¡Ay! de una manera ó de otra
Concluirá por odiaros.

Arg. ¡Serpiente fascinadora,
Deten esa torpe lengua!
¡Por cierto que es prodigiosa
Tu perspicacia, y los años
Te han dado esperiencia loca!

Gin. En vano disimulais
Vuestra situacion, señora,
Y escuchad. — Yo soy un viejo,
Pero decision me sobra,
Y Dios ayuda á los buenos.
Esta mansion donde mora
Vuestra deshonra y su crimen
Dejad, y resuelta y pronta
Venid donde vuestro padre
Vuestras desventuras llora.
Sí, huyamos de esta caverna,
Partámonos á Tolosa,
Donde á lo menos con lágrimas
Lavareis vuestra deshonra.

Arg. ¡No, buen viejo! que hay injurias
Que con llanto no se borran.

Gin. Y esas injurias, ¿porqué
Te avergüenzan ó te enojan,
Cuando aquí con tu presencia
Tú te injurias á tí propia?
Vuelve á tu padre; á tu nido
Vuelve, extraviada paloma;
Cruza, golondrina errante,
La mar, y á tu patria torna.

Arg. Nunca, Ginés; ¡yo á los brazos
Del buen conde de Tolosa,
Que en honra me habia criado,
Podria volver sin honra!
Jamás, el viento impetuoso
De mi suerte borrascosa
Seguiré, y sea, buen viejo,
La que quiera mi derrota.
Gin. ¡Ah! cede, pobre Argentina,
Por compasion á tí propia.
Serás de ese libertino
Víctima al fin.

Arg. Te trastorna,
Ginés, tu crédulo engaño.
Roquefort me ama, me adora,
Pero me castiga el cielo
Con esa pasion diabólica.

Por mí atropelló peligros,
Cometió acaso espantosas
Culpas que al cielo indignaron,
Faltó á su palabra propia,
Y provocó una venganza
Que amaga tal vez muy próxima.

Sí, Ginés, por mí tan solo,
Por mí vive entre estas rocas
Con mi presencia encantado,
E idolatrando mi sombra;
Mas este amor es un crimen,
Y el cielo, que siempre abona
Al justo, con este amor
La vida nos emponzoña.
Locura fatal le asalta,
Pánico terror le acosa,
Y mi mismo amor maldice,
Que es el bien solo que logra.

Gin. Huye de él, pobre Argentina,
Húyele.

Arg. ¡Huirle, y ahora
Que espera solo en mi amparo
Una salvacion dudosa!

Gin. Acuérdate de tu padre,
Que desconsolado llora.

Arg. Puede mi amor mas en mí.
Gin. Pues bien, oye lo que ignoras:

Te reclama el castellano
Con voz amenazadora;
Ha enviado á tu pobre padre
Una embajada afrentosa
Fijando un plazo á seis meses,
Y con saña vengadora
Si en ellos á tí no alcanza,
Guerra fatal le provoca.

Arg. ¿Seis meses!

Gin. Seis, y al fin de ellos
Nadará en sangre Tolosa.

Vuelve á tu padre y...

Arg. No, nunca.

Gin. Vas á la muerte.

Arg. No importa.

Gin. Bien, pues tu negra fortuna
Y tu porvenir arrostra.

Castilla y Tolosa á un tiempo
Su ira sobre tí desploman.

(Va á salir.)

Arg. Aguarda, Ginés; aguarda,
Miserio anciano, y perdona
A mi pobre corazon,
Presa de horribles congojas.

Gin. No, no hay perdon, Argentina:
O este castillo abandonas
Para siempre... ó tu destino
Fatal se cumple.

Arg. En buen hora.

Yo le amo, Ginés; no puedo
Con esta pasion furiosa

Que mis sentidos cautiva
Y ante Roquefort me postra.

Gen. Maldiga Dios, hija infame,
Esa pasion que te torna
Para quien busca tu dicha
En víbora venenosa.
Maldigala Dios mil veces,
Y traiga pronto la hora
En que su plazo se cumpla,
Y en que la guerra se rompa.

(Vase.)

ESCENA V.

ARGENTINA.

Cúmplase de una vez, cúmplase el plazo
Que amaga por dó quier nuestra cabeza,
De este agüero fatal rómpase el lazo,
Yo arrostraré mi suerte con fiereza.
Volveria tal vez si solo amante
Mi pobre corazon se lastimara,
Si fugitiva, satisfecha, errante,
Mi pátrio suelo sin razon dejara.
No quedando al volver tras de mi huella
Ese infeliz Lotario. ¡oh! volveria;
Mas tal resolucíon le mataria :

No, jamás volveré, pese á mi estrella.

(Asoma Lotario y escucha.)

¡Seis meses! reconozco de tu mano
La negra marca, miserable mora :
Tú das al corazon del castellano
El temple de tu saña vengadora.

ESCENA VI.

ARGENTINA, LOTARIO.

Lot. ¿Quién habla de venganza? ¿quién
augura

De ese plazo fatal el cumplimiento?
¿A quién esas palabras de amargura
Torpe revela tu traidor acento?
¡Reconozco, dijiste, de tu mano
La negra marca, miserable mora!
¿A quién contabas, corazon villano,
Ese secreto aterrador ahora?
¿De quién era esa voz que yo escuchaba
Contigo aquí? Respóndeme, Argentina :
¿Quién en este salon contigo estaba?
¡Callas! ¡Ay! tu silencio me asesina,
¿Con que es verdad al fin? Pobre alma mia,
¿Con que también á tí te se aparece
Esa horrible vision? ¿no es fantasía
Que en mi abrasada mente se guarece?

Arg. Calma, Lotario, calma la tormenta
De tu agitado corazon : ni ahora,
Ni nunca esa vision que te amedrenta
Se mostró ante mis ojos vengadora.

Lot. Mas hablabas de un plazo... ¿Quién
te oía?

(La toca.) ¡Fria tu mano está, tu rostro pá-
lido!

¡Ay! bien mi corazon me lo decia,
Contigo estaba mi fantasma escualido.
¿Qué queria de tí? Dimelo.

Arg. Nada.
Serénate, mi bien.

Lot. Luz de mis ojos,

Perdona á mi cabeza trastornada
Mis ayes, mis quimeras, mis antojos.

¿Tú me dices que no? Bien, yo te creo.

No quiero, no, que nunca te atormente

Ni cuidado ni afan; y sobre todo

Te prohibo, Argentina, es mi deseo

Que no mires jamás á ese torrente.

Arg. Bien, nunca miraré si lo deseas.

Lot. No te asomes jamás á esa ventana;

Y esto no es un capricho, no lo creas.

Arg. Lo haré así, Roquefort, de buena
gana.

Lot. ¡Oh! tú eres, alma mia,

El ángel puro que mis pasos guia,

La blanca luz que alumbrá mi camino

Por el largo erial de mi destino.

Solo á tu lado cesa

Ese vago temor que me persigue,

Esa sentencia que en mi frente pesa,

Esa vision que por dó quier me sigue.

Arg. Ya te asalta otra vez tu desvarío :

Aleja de tu mente esas visiones;

Háblame de tu amor, habla del mio.

Lot. ¡Desvarío, Argentina, le supones!

¡Ah! tú no sabes la sangrienta historia

De esa vision que sale por dó quiera

Mis ojos á espantar y mi memoria

Con torva faz y carcajada fiera.

¡Oh! sí; si tus oidos la alcanzaran,

Si la vieran tus ojos cual los míos,

Tu corazon también amedrentaran

Esos que llamas tú mis desvarios.

Si la vieras en torno eternamente,

Ya atravesar la atmósfera vacía,

Ya estenderse ante el sol de ocaso á oriente,

Ya plegarse en la bóveda sombría :

Si al abrir una puerta, una ventana,

Al cruzar un salon, un pasadizo,

Vieras cual yo de la vision liviana

El medroso contorno movedizo;

Si al ¡ay! que te se escapa convulsivo

Con el pavor, por la techumbre hueca

Oyeras del espectro fugitivo

La carcajada mofadora y seca...

¡Ay! Argentina, como yo temblaras,

Noche tras noche como yo velando,

Muda y transida de terror pasaras

La aparicion fatídica espiando.

Arg. Siempre, Lotario, siempre esa qui-
mera

En tus ojos está, vive en tu mente.

Lot. Siempre, si, me persigue, eternamente

Ve delante de mí por donde quiera.

Los ojos llevo al sol, y allí la encuentro;

La mano al corazon, y allí la toco;

De ella giro en redor, ese es mi centro,

De mi eterno pesar ese es el foco.

¡Es una historia cruel!

Arg. Calla, Lotario.

Lot. Horrible, ¿no es verdad?

Arg. Mas fabulosa.

Lot. ¡Fabulosa! ¡óyela!

Arg. No es necesario :

Callala por piedad, calla y reposa.

Lot. ¡Reposar! ¡y á mis ojos incesante

Ese maldito esclavo se presenta,

Y con calma infernal me está delante

Y del plazo fatal las horas cuenta!

¡Mírale! ¿no le ves? con una mano

La cerviz de sus hombros dividida

Se sujeta tenaz... y al castellano

Con la otra ofrece mi aplazada vida.

Sí, la tengo aplazada ¿no lo sabes?

En seis meses no mas.

Arg. ¡Calla, amor mio!

Lot. Y se van á cumplir.

Arg. Calla, no acabes.

Lot. ¡Oh! no creas que es esto un desvarío

Demiimaginacion, no; escucha : ese hombre

Tenia una hija; mas como él infame,

Sierva como él... Zelina era su nombre.

Arg. ¡Por piedad, santo Dios, amparo
dame!

Lot. ¡A Dios invocas! Bueno; mas escucha.

Yo que siempre te amé, llegué á Castilla

Tras larga, interna y congojosa lucha

Conmigo mismo; atravesé la orilla

Del Arlanza una noche : á tu palacé

Llegué : subí por caracol oscuro

Y crucé un corredor que en el espacio

Abierto estaba del macizo muro.

¿A quién buscaba yo? A tí, Argentina;

Mas tú no fuistes quien á hablarme vino,

No, fué esa esclava vil, esa Zelina,

Esa fatal muger que es mi destino. (Pausa.)

« Dame á mi padre y partirás con ella,

Me dijo. — Sea pues. » Señaló un plazo :

Seis meses. « Huye. » Huí... ¡contraria

estrella

A Francia nos guió! Tendí mi brazo,

Quebranté las cadenas de ese moro,

« ¡A Burgos! le grité, libre te dejo. »

Le di caballo, lanza, guia y oro;

Mas ¿qué hizo de ello?... ¡miserable viejo!

En vez de bendecirme y de besarme

La mano liberal, mi mismo acero

Levantó contra mí para matarme.

¡Ira de Dios! lancéme yo primero

Sobre él, le arranqué el hierro, á mis soldados

« ¡Matadle, dije, sin piedad! que muera. »

Pero al asirle á ello preparados,

Con salvage valor, con calma fiera,

Clavando en mí fatídica mirada,

« ¡Cuenta, dijo, seis meses, y es tu vida! »

Y me tiró su ronca carcajada

Con desprecio á la faz descolorida.

¿No la ves? aquí está : su marca impresa

Quedó en mi corazon, quedó en mi frente

Y su cabeza vil no entró en la huesa,

No, que á mis ojos la sorbió el torrente.

Allí está, ¿pero sabes lo que aguarda?

Que espire el plazo, si, por eso mora

Del agua turbia entre la niebla parda,

Contándome la vida hora tras hora.

Por eso de esa reja acolgajada

En nocturna vision se desenvuelve,

Y al oír mi rabiosa carcajada,

Con eco funeral me la devuelve.

Mas es un sueño, si... mentira todo;

De su impotente prediccion me rio...

(Rie, y el eco devuelve la carcajada.)

Mas me la vuelve, si, del mismo modo

Me la vuelve, ¿lo ves? ; no es desvarío!

(Cae en la silla.)

Arg. Yace un momento, desdichado, en
calma ;

Descansa en tu desmayo uno siquiera,

Mientras yo lloro desgarrada el alma

El negro porvenir que nos espera.

¡Genaro, pronto aquí!

ESCENA VII.

LOTARIO, ARGENTINA, GENARO.

Gen. ¿Qué es, Argentina?

Arg. ¡Mira!

Gen. ¿Otra vez?

Arg. Y mil y eternamente.

Gen. Ese tenaz delirio le asesina.

Arg. Le mata ese recuerdo lentamente.

Sí, como siempre á ese peñasco hueco

Que está debajo en su terror se asoma,

Siempre la risa le devuelve el eco,

¡Y él por la voz de su vision la toma!

¡Triste de mí! ¡la celestial venganza

Sigue mi culpa por dó quier! lo veo.

¡Cuán desdichada soy! ¡no hay esperanza!

Morir con él, Genaro, es mi deseo.

Mas no, yo lidiaré con mi destino,

Genaro : sí, de Roquefort salgamos;

Será menos siniestro nuestro signo

En cualquiera region donde vayamos.

La Italia, la Borgoña, la Inglaterra